

VARIACIONES SOBRE OÍZA

PUBLICADO EN

Sáenz de Oíza, Arquitecto. Miguel Ángel Baldellou, Editorial Diseño,
Buenos Aires, abril 2019

VARIACIONES SOBRE OÍZA

En la conmemoración del centenario del nacimiento de Sáenz de Oíza, Miguel Angel Baldellou me pide un texto para celebrarlo. Para mí es un honor el hacerlo por la admiración, gratitud y cariño que siempre he tenido al maestro.

INEFABLE OÍZA

Conviene a Oíza con toda propiedad, como arquitecto, lo que escribe Eduardo Galeano: "Los hombres somos lo que hacemos. Y lo mejor de lo que hacemos es cambiar lo que somos". El cambio en la permanencia. O la permanencia en el cambio. Así es, cambiante con un cierto aroma borgiano, la arquitectura de Oíza. Y es que no es fácil, es imposible, encasillarle con ninguna etiqueta arquitectónica. Aunque tras esa diversidad de formas se encuentre siempre un entendimiento muy profundo de los problemas que la arquitectura plantea.

Escribí hace tiempo sobre la manera de entender Oíza el problema arquitectónico de la torre utilizando la imagen del cráter para expresar cómo él resolvía el momento clave de la arquitectura vertical en su encuentro con el plano horizontal de la tierra. La solución del cráter repetida en sus dos edificios más importantes y que pueden parecer tan distantes formalmente como Torres Blancas y el Banco de Bilbao, evidencian no sólo el cambio sino también la permanencia. Me interesa resaltar aquí precisamente cómo aun con formas tan diferentes, el núcleo central de la cuestión sigue siendo el mismo. Y la respuesta al problema central, por encima de las formas es la misma. Al igual que el curvar de sus esquinas. El cráter. La permanencia.

En Oíza son inseparables sus tres facetas como persona, como docente y como arquitecto. La acendrada honradez de Oíza como persona no se puede separar de su probada maestría como docente ni de su incontenible fuerza como arquitecto. La fuerte arquitectura de Oíza.

OÍZA. LA PERSONA: LA ACENDRADA HONRADEZ.

Veo a Oíza sentado en su casa de Pollensa donde acudimos a visitarle en un verano de 1994. En la terraza en alto, dominando el paisaje. Rodeado de amigos. Con las puertas siempre abiertas de par en par. Con el ameno discurrir de su conversación. Con la amplia familia en reunión cordial. Oíza, como un sabio, con la sabiduría que da una vida de sobriedad y de honradez estricta. Nunca ha cedido. Siempre se ha resistido. Limpio, como cuando mira. Y te cuenta lo de siempre como si fuera nuevo, y como nuevo suena en nuestros oídos. La importancia del umbral. El poema vasco. El punto gordo. La trigonometría. Las series. Etc...

OÍZA DOCENTE: LA PROBADA MAESTRÍA.

Veo a Oíza, como lo vi siempre en la Escuela de Arquitectura de Madrid, rodeado de alumnos. Como Mies, y como Corbu. Y siempre interpeándoles, sugiriéndoles, provocándoles. Convenciéndoles, fascinándoles, subyugándoles. El tiempo larguísimo

e intenso que Oíza ha dedicado a la enseñanza es ejemplar. En vez del catedrático distante y desaparecido que busca en la distancia la admiración ignorante, Oíza siempre ha estado y está cerca de sus alumnos. Enseñando como por ósmosis, boca a boca. Enseñando con las reglas más eficaces de la mayéutica. Como un clásico socrático. Embaucando con sus gestos arrebatadores. Transmitiendo su último descubrimiento, su última novela leída, su último poema encontrado. Con la generosidad de los docentes que sirven a los alumnos, lejos de servirse de ellos. Todavía recuerdo que a veces me cruzaba con Oíza, yo ya de profesor, que volvía de la Escuela andando. Porque volvía a veces a casa andando, o en Metro, siendo coherente con su persona.

OÍZA ARQUITECTO: LA FUERZA INCONTENIBLE.

Oíza inefable. Oíza inclasificable. Oíza inencasillable. Oíza siempre está comenzando. Como un corredor de fondo. Gana las carreras, y en vez de retirarse a disfrutar del triunfo, vuelve al comienzo de la pista. A empezar de nuevo la carrera. No es de los que se suben al podio. Como otros. Sigue participando. Sigue concursando. Sigue trabajando incansable.

Sus obras pueden ser leídas desde su idiosincrasia. No desde un estilo. Ni desde una etiqueta. Su actitud expectante, de eterna juventud, siempre abierto hace que, formalmente, siempre cambie. Y sorprenda. Y a veces desconcierte: el cambio en la permanencia o la permanencia en el cambio. Como andando, sin parar, sobre una cinta de Moebius.

Pero por encima de aciertos o desconciertos, vista ahora toda su obra en conjunto hay que reconocer la fuerza arrebatadora de la arquitectura de Oíza, que es la de un maestro del tiempo que le ha tocado vivir. Cada uno de sus edificios, Aránzazu, Torres Blancas, Banco de Bilbao, Santander, M-30, son el buque insignia de las muchas travesías que en el tiempo hace la arquitectura. Se diría que más que edificios, ha construido símbolos de su tiempo.

OIZA. MAESTRO

Los de Zodiac, la prestigiosa revista italiana, me pidieron hace poco un artículo sobre Oíza, para un número que dedicaron a los grandes maestros europeos. Figuraban allí Jørn Utzon, Fernando Tavora, Aldo Van Eyck o Colin St John Wilson entre otros. Con una obra sólida todos ellos. Con un tiempo ya largo confirmando sobradamente su calidad ya indiscutible. Con una actitud, todos ellos, de profunda humildad de la de verdad (siempre le digo a Oíza que tiene que verse con Utzon en Mallorca adonde van las dos largas temporadas a serenar el alma). Todos ellos por encima de la levedad de la fama, tienen un enorme peso propio, con la densidad de los que ya están en la Historia. Esta consideración por los europeos de Oíza como maestro es más que significativa.